Este texto reflexiona sobre la desinstitucionalización, proceso en el que los seres humanos prácticamente no cuentan, en el que se da una paulatina eliminación de los espacios de socialización e interacción. Plantea que en este contexto, una de las pocas esferas que no ha sido sometida es la universidad, y que es responsabilidad de todos defenderla y reivindicar las políticas de calidad que permiten la construcción de seres humanos en tanto educadores, estudiantes o miembros de su personal.

LA UNIVERSIDAD EN TIEMPOS DE DESINSTITUCIONALIZACIÓN SOCIAL

Comenzamos nuestra reflexión trayendo a esta mesa la figura de uno de los grandes humanistas del siglo XX, Jean Paul Sartre, un hombre que no cejó nunca en su capacidad de escándalo y en su resistencia a los totalitarismos ideológicos, de cualquier signo que fueran. En la década del 50 el filósofo se topó con un anuncio en las paredes de la capital de uno de los países del Este. Decía así:

La tuberculosis disminuye la producción.

¿Dónde están, se preguntaba Sartre, en ese juego los seres humanos?

Traemos ahora una figura de este siglo XXI, Hort Köeler, doctorado en Economía y Ciencia Política, director del Fondo Monetario Internacional. El señor Köeler no es un humanista. Acaba de declarar, un viernes 20 de septiembre, lo siguiente:

"Una breve guerra en Irak tendría efectos positivos sobre la economía mundial."

A lo que agregó:

"El contexto de tensión actual hace que los inversores titubeen."

¿Dónde están, nos preguntamos, los seres humanos en este juego de halcones empecinados en predicar la guerra?

En fin, en esta introducción, presentaremos una breve instrucción para subir un elefante a un barco. La historia es así:

> En África es cazado un gran elefante cuyo destino es un zoológico europeo. Cuando los captores llegan al barco descubren que el puente es sólo para pasajeros humanos y no para el volumen de semejante ser. Comienzan, entonces, a llamar a distintos profesionales para buscar una solución. Pasan, en vano, matemáticos, psicólogos, sociólogos, arquitectos…, nadie acierta. Hasta que por último, algo desesperados, apelan a un economista, digamos un economista de determinada escuela, para no generalizar. El hombre da una mirada y pregunta: ¿cuánto hace

que están con este problema? Como tres semanas. Pero, ¿cómo puede ser para algo tan elemental? Los otros piden la ansiada solución. “Muy sencillo, dice el economista, se hace abstracción del elefante y se lo sube al barco.”

Muy sencillo, se hace abstracción de 37 millones, de 1000 millones de seres humanos y se los sube al modelo.

En la Argentina venimos viviendo un sostenido proceso de desinstitucionalización en el que no cuentan para nada los seres humanos. Y una de las pocas esferas que todavía no han sido sometidas a ese proceso, es la universidad.

Veamos algunas notas de la desinstitucionalización:

- ⇒ La ideología del “todos somos empresarios”. Recuerdo escritos difundidos hace unos 20 años en los cuales se decía que un niño lustrabotas era un “pequeño empresario”.
- ⇒ La ideología dedicada a pintar las maravillas del trabajo en casa, gracias a la tecnología. No tendremos que salir de nuestro domicilio, nos ahorraremos las calles llenas de autos, podremos estar todo el día con nuestros seres más cercanos.
- ⇒ La ideología de la ineficacia del estado. Es preciso desposeerse para mejorar, renunciar a todo el patrimonio para que las cosas funcionen.
- ⇒ La crítica ya tradicional a los excesos de la institucionalización: el ejercicio del poder y el sufrimiento institucional.
- ⇒ En el campo de la educación, las propuestas de desescolarización de la sociedad, retomadas por predicadores del neoliberalismo como Mario Vargas Llosa.

Y hablemos ahora de las consecuencias:

- ⇒ La eliminación de espacios de socialización e interacción.
- ⇒ La soledad de los “desinstitucionalizados”, es decir, de los millones de seres sin trabajo que no tienen dónde ir.
- ⇒ El estrechamiento de los espacios públicos.
- ⇒ La agresión, el desfonde de los sujetos individuales y sociales (es decir, de cada persona en particular y a la vez de los grupos que se forman por lazos laborales, profesionales…).

Frente a esta situación, señalábamos que la universidad todavía resiste y, por supuesto, nos toca defenderla. Un primer riesgo en este afán de salvar nuestros espacios: las reacciones por enclaustramiento. En efecto, ¿qué defender?

¿La cátedra tradicional?
¿La condición de interino de por vida?
¿Los salarios congelados durante casi un tercio de la vida activa?

¿La postergación por décadas de los estudios de postgrado?
¿La postergación de la construcción intelectual?
¿La tendencia a la fragmentación, a las divisiones por materias, disciplinas, carreras y facultades?
¿El desgaste cotidiano en varios frentes de trabajo?

Cualquier intento de defensa de nuestras casas de estudios debe partir del reconocimiento de la existencia de un maltrato y un sufrimiento institucionales.

Hemos sido convocados a este encuentro para hablar de la universidad y el futuro. Una palabra que siempre aparece en estas reflexiones es *calidad*. Para nosotros su primer sentido, su básico sentido, corresponde a la calidad de los seres humanos, todos quienes participan en las tareas correspondientes a los estudios superiores.

La calidad del educador como sujeto individual, construido en su capacidad de comunicar, de interactuar, de mediar con toda la cultura, de investigar, de producir intelectualmente.

La calidad del educador como sujeto social: grupos, equipos, redes de educadores, investigadores, productores intelectuales consolidados.

Del estudiante como sujeto individual: capacidad de expresión, seguridad, autoestima, disponibilidad de recursos de relación e interacción, comprensión de las interdeterminaciones de los fenómenos sociales, tolerancia, convivencia con la diversidad y las diferencias...

Del estudiante como sujeto social: capacidad de interaprendizaje, existencia de grupos de referencia, presencia, acción y visibilidad de los mismos en la sociedad, apertura hacia el contexto, espacios de encuentro...

Desde lo anterior, la calidad es cuestión de sujetos, pasamos a referirnos a la calidad de los productos, de los ingresos y egresos, de los materiales utilizados, de las tecnologías y de su uso, de determinado plan de estudios, de determinada asignatura...

Primero la calidad humana de todos los seres humanos, después todo lo demás.

Y cuando hablamos de caminar hacia el futuro no podemos dejar de sacar a escena el querido concepto de utopía. “La utopía sirve para eso, para caminar,”

Total acuerdo, pero si la utopía es ese horizonte que se aleja y que nos fuerza a la marcha, sucede que las políticas son el camino.

Para una institución universitaria vale plantear: dime qué políticas tienes y te diré que serás. Se trata siempre de reconocer qué políticas son sostenidas y defendidas en forma permanente; qué se proyecta en esa defensa.

Desde nuestra perspectiva, se abren dos líneas fundamentales:

- ⇒ Política de calidad de nuestros seres humanos.
- ⇒ Política de construcción permanente de nuestros seres humanos, como educadores, como estudiantes, como personal administrativo.

En 1998 trabajé como miembro de la comisión que elaboró el Plan de Desarrollo de la Universidad Nacional de Cuyo para el período 1999-2004. La propuesta fue aprobada en un mes de diciembre y uno de los consejeros superiores afirmó que el documento constituía una refundación de la universidad. Retomo algunos de sus puntos básicos:

> Aspiramos a una Universidad considerada como una totalidad integrada y pluralista, donde la totalidad y el pluralismo sean un derecho y una responsabilidad para cada uno de sus miembros.
>
> Anhelamos una Universidad cuyo eje de desarrollo sea el logro de todos y cada uno de sus integrantes, como personas y como profesionales comprometidos con su misión.
>
> Anhelamos una Universidad con una política institucional flexible y abierta al cambio, inserta en una visión prospectiva de la realidad regional, nacional e internacional, referente de los problemas fundamentales de la sociedad, que opere con una dinámica autónoma, eficaz y eficiente.

A esas aspiraciones se sumaron propuestas para llevar adelante las transformaciones, como la referida a la creación de una comisión que revisaría en el corto plazo la estructura a fin de proponer transformaciones. Tal comisión no fue nombrada hasta el presente, lo que muestra (aun cuando se han instrumentado algunos cambios) lo lentas que son nuestras instituciones en reformular sus formas de trabajo y de ser.

Como el futuro se construye desde el presente, en la defensa y el enriquecimiento de quienes conforman determinada organización, quiero presentar, para terminar, nuestra experiencia de siete años en el Postgrado de Especialización en Docencia Universitaria, del cual habrán egresado en octubre próximo alrededor de 900 colegas. Esto significó, y significa, una sostenida política de docencia universitaria. ¿Qué hemos aprendido en todo ese tiempo? Que son posibles:

- ⇒ La construcción de relaciones entre disciplinas.
- ⇒ El trabajo sobre la propia práctica.
- ⇒ El impulso a los tiempos de reflexión y de escritura (contra el llamado “pensamiento rápido”).
- ⇒ Los caminos para la autovaloración.

⇒ El ejercicio del derecho a la producción intelectual.
⇒ La creación de obra propia.
⇒ La producción por parte de cada educador.
⇒ El apoyo y el respeto mutuos.

Nuestra propuesta se basa en la mediación pedagógica, entendida como la tarea de colaborar en el tendido de puentes: entre lo sabido y lo por saber, lo vivido y lo por vivir, lo experimentado y lo por experimentar… También los educadores universitarios necesitamos puentes.

Hoy, por encima de todos los tiempos vividos en nuestra tierra, necesitamos retomar las viejas y queridas banderas del humanismo, entendido como la preocupación por el otro, como el escándalo ante el dolor y la humillación del otro.

Ni del dolor, ni de la humillación, ni del sufrimiento, están exentas nuestras instituciones universitarias. Frente a aquéllos nos cabe la hermosa tarea de recuperar lo mejor de nosotros mismos, nuestra capacidad de solidaridad y de amor, para construir desde aquí, con estos seres humanos, un presente y un futuro que nos merecemos.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Septiembre de 2002